

Proyectos corporales. Discursos, prácticas e intervenciones estéticas en el capitalismo contemporáneo

Body projects: discourses, practices, and aesthetic interventions in contemporary capitalism

TRILCE RANGEL LARA¹

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)
Trilce.rangel@gmail.com

Recibido: 15 de septiembre de 2025

Aceptado: 21 de octubre de 2025

Resumen

Este artículo analiza el cuerpo como un constructo sociocultural en sociedades occidentalizadas contemporáneas, centrándose en la configuración de subjetividades en contextos urbanos visibilizadas en el desarrollo de proyectos corporales. A través de un enfoque teórico-constructivista, se integran las perspectivas de Giddens, Bauman, Bourdieu, Foucault y Haraway, entre otros, para explorar cómo los sujetos negocian identidades mediante prácticas de modificación corporal (ejercitamiento, tatuajes, cirugías) y consumos estéticos, mediados por tecnologías de visualización (rayos X, redes sociales) y discursos médicos hegemónicos. Los resultados destacan la emergencia de prosumidores, que visibilizan cuerpos no-hegemónicos, aunque fagocitados por el capitalismo. Se subraya el papel del “otro” en la legitimación de proyectos corporales, influenciados por dinámicas de género, estrato socioeconómico y etnia. El estudio aboga por un análisis integral de los proyectos corporales, superando enfoques fragmentados, y propone que la corporalidad refleja tensiones entre agencia individual y estructuras sociales. Desde una postura reflexiva, reconozco mi propia corporalidad intervenida, situándome a la par de mis interlocutores.

Palabras clave: corporalidad, subjetividades, proyectos corporales, tecnologías de visualización, capital simbólico.

Abstract

This article analyzes the body as a sociocultural construct in contemporary Westernized societies, focusing on the configuration of subjectivities in urban contexts, made visible through the development of bodily projects. Through a theoretical-constructivist approach, the perspectives of Giddens, Bauman, Bourdieu, Foucault, and Haraway, among others, are integrated to explore how subjects negotiate identities through body modification practices (exercise, tattoos, surgeries) and aesthetic consumption, mediated by visualization technologies (X-rays, social media) and hegemonic medical discourses. The results highlight the emergence of prosumers, who make non-hegemonic bodies visible, although they have been phagocytized by capitalism. The role of the “other” in the legitimation of bodily projects, influenced by dynamics of gender, class, and ethnicity, is emphasized. This study advocates a comprehensive analysis of bodily projects, moving beyond fragmented approaches, and proposes that corporeality reflects tensions between individual agency and social structures. From a reflexive stance, I recognize my own intervening corporeality, placing myself alongside my interlocutors.

Keywords: corporeality, subjectivities, body projects, visualization technologies, symbolic capital

¹ Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara, actualmente realiza una estancia postdoctoral y se encuentra adscrita a la línea de investigación de Culturas e Identidades Contemporáneas.

Introducción

El cuerpo, como objeto de estudio, es moderno fuera de las ciencias médicas y ha ganado interés en el último medio siglo junto a los estudios de género y sexualidad. Debemos considerar que las aportaciones y propuestas explicativas que aquí se presentarán cobran relevancia solo para sociedades occidentalizadas, en contextos urbanos, inmersas en lógicas de consumo y con percepciones medico-legales sobre el cuerpo (Córdoba, 2010). En este contexto, es posible considerar que los sujetos construyen sus modelos ideales corporales mediante una negociación entre estereotipos (hegemónicos), comúnmente acordes al género de identificación, su imagen corporal y elementos particulares asociados a la belleza y la deseabilidad dentro de sus comunidades de origen, asimilación y elección. Por otro lado, es necesario dejar asentado desde este momento qué son los proyectos corporales, en palabras del autor que acuña el concepto:

Hay una tendencia por ver al cuerpo como una entidad que está en proceso de devenir; un proyecto que debe de ser trabajado y considerado como parte de la identidad individual. Esto difiere de las maneras en que el cuerpo ha sido decorado, inscrito y alterado en las sociedades tradicionales como un proceso más reflexivo y está menos ligado a modelos heredados de cuerpos socialmente aceptables que se forjaron a través de rituales en ceremonias comunitarias (Rudofsky, 1986 [1971]). Los proyectos corporales tienen variaciones de acuerdo con distinciones sociales, especialmente en el caso del género. Sin embargo, en los últimos años ha habido una proliferación de formas en que tanto mujeres como hombres han desarrollado sus cuerpos (Shilling, 1993, p. 5).

En este entendido, podemos definir a los proyectos corporales como procesos de modificación elegidos que exigen una toma de conciencia de la existencia corporal de los sujetos, a la vez que un establecimiento de estrategias de acción para llevar a cabo los cambios deseados. Estas estrategias responderán a un proceso rizomático en el que el “punto de partida” de los sujetos, es decir, una autoevaluación de su corporalidad en tanto objeto de consumo y deseo se compara con el “ideal” o la meta a obtener, el cual es negociado según los estereotipos de moda y las propias apreciaciones de los sujetos que los llevan a cabo y de los que, conscientemente, se quieran atraer. Las estrategias o prácticas de intervención corporal seleccionadas serán ese andamiaje que los sujetos construyan y que les permita conectar estos dos elementos, sin embargo, la elección de las mismas estará condicionada a variables como género, estrato socioeconómico y edad.

Metodología

Este estudio adopta un enfoque teórico-constructivista, fundamentado en una revisión crítica de literatura antropológica, sociológica y filosófica sobre el cuerpo y la corporalidad en sociedades occidentalizadas contemporáneas. La

selección de autores clave –Anthony Giddens (1998), Zygmunt Bauman (2007), Pierre Bourdieu (1985, 2003), Michel Foucault (1999) y Donna Haraway (1991, 1999)– responde a su relevancia para analizar la construcción de subjetividades en contextos urbanos, donde el cuerpo se configura como un sitio de negociación entre estereotipos hegemónicos, tecnologías de visualización y prácticas de consumo. La metodología consistió en un análisis comparativo y dialógico de sus propuestas teóricas, articulando conceptos como capital simbólico, biopolítica, prosumidores, tecnologías de visualización y proyectos corporales para comprender cómo los sujetos negocian identidades a través de prácticas de intervención corporal.

El enfoque es cualitativo, con énfasis en la interpretación de discursos y prácticas corporales, complementado por observaciones preliminares de campo realizadas en espacios de intervención corporal, como gimnasios y estudios de tatuaje en contextos urbanos mexicanos. Estas observaciones incluyeron pláticas informales en vestidores sobre dietas, suplementos y rutinas de ejercicio, así como dinámicas de interacción en áreas de entrenamiento, donde los sujetos negocian discursos sobre salud, estética y deseabilidad.

Aunque el estudio no pretende ser empírico, la reflexión teórica fue alimentada por el trabajo de campo que realicé para mi investigación doctoral, pues las prácticas corporales fueron el “espacio” de análisis que permitió observar las distintas formas en que se configuran subjetividades, y así, comprender cómo se construyen corporalidades intervenidas.

El análisis teórico se estructuró en torno a tres ejes: (1) la influencia de tecnologías de visualización (rayos X, redes sociales) en la percepción corporal, (2) la legitimación de discursos médicos y mediáticos a través del capital simbólico (Bourdieu, 1985), y (3) la interacción entre agencia individual y estructuras sociales en la construcción de proyectos corporales. Mi posicionamiento epistémico, como investigadora, reconoce un borramiento de límites entre los sujetos interlocutores y mi propia corporalidad intervenida, lo que implica un ejercicio reflexivo constante sobre mi lugar en las dinámicas analizadas. Este enfoque no busca universalizar, sino situar las corporalidades en contextos específicos, evitando extrapolaciones a culturas no-occidentalizadas.

Resultados

El análisis revela que el cuerpo contemporáneo en sociedades occidentalizadas se constituye como un proyecto integral, donde los sujetos negocian su materialidad mediante prácticas de modificación corporal (ejercitamiento, tatuajes, cirugías estéticas) y consumos estéticos mediados por tecnologías de visualización y discursos hegemónicos. Giddens (1998) argumenta que los medios visuales, como el cine, la televisión y, más recientemente, las redes sociales, han globalizado estéticas corporales, creando redes de experiencia mediada que trascienden la palabra escrita. Estas tecnologías no solo representan el cuerpo, sino que lo convierten en un objeto de consumo, donde la cámara, percibida como “veraz”, legitima ideales de belleza.

Haraway (1999) subraya cómo el discurso médico-tecnológico, respaldado por aparatos como rayos X, tomografías y endoscopios, ha reconfigurado el cuerpo como una máquina optimizable (Haraway, 1999). Este discurso médico, que se autoproclama objetivo, reduce el cuerpo a datos e imágenes, normalizando prácticas como el ejercitamiento intensivo o las intervenciones quirúrgicas en nombre de la salud o la estética. Sin embargo, la emergencia de prosumidores introduce una dinámica de resistencia. Los sujetos, al producir y consumir contenido en redes sociales, visibilizan cuerpos no-hegemónicos, aunque esta democratización es cooptada por marcas que usan “cuerpos reales” para estrategias comerciales.

Bourdieu (1985, 2003) aporta el concepto de capital simbólico para explicar cómo los gustos corporales diferencian jerárquicamente a los sujetos. En gimnasios urbanos, por ejemplo, observé cómo mujeres negocian discursos sobre “salud” (dietas, suplementos) en vestidores, mientras en áreas de aparatos celebran resultados estéticos (e.g., “quemadores de grasa” o rutinas para glúteos), reflejando una apropiación diferenciada de discursos según el espacio y la práctica.² Estos gustos, ligados a estrato socioeconómico y género, se legitiman o estigmatizan según el contexto social, como en el caso del reguetón, cuya aceptación por élites tras un proceso de “blanqueamiento” refleja una reconfiguración de ideales corporales latinos que se visibilizan en el auge de cirugías glúteas reportado por International Society of Aesthetic Plastic Surgery (ISAPS).³

Bauman (2007) identifica una “industria del cuerpo” que capitaliza la modificación estética, promoviendo servicios de “eliminación” (grasa, arrugas) como soluciones a inseguridades socialmente construidas. Foucault (1999) complementa esto al señalar cómo la biopolítica regula los cuerpos a través de instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS), que establece estándares como el Índice de Masa Corporal (IMC), moldeando percepciones de salud y enfermedad. Finalmente, Le Breton (2002) y Haraway (1991) destacan la mirada del “otro” como central en los proyectos corporales: las alteraciones estéticas buscan capital simbólico (deseabilidad, estatus) en interacciones sociales. Por ejemplo, el blanqueamiento cutáneo en grupos racializados (indígenas, afrodescendientes) responde a presiones para mitigar discriminación, mostrando cómo la corporalidad se negocia en contextos de poder.⁴

El cuerpo contemporáneo

¿Cuáles son las particularidades de la relación que se establece con el cuerpo en la contemporaneidad? Fue la primera pregunta que me guió en la reflexión. Tal vez es necesario aclarar en este punto que la selección de elementos que están constituyendo este apartado no se plantean como universales. Aquí hablo

2 Estas observaciones se realizaron en gimnasios en la Zona Metropolitana de Guadalajara entre 2018-2021, como parte de trabajo de campo de mi tesis doctoral.

3 Datos de la International Society of Aesthetic Plastic Surgery (ISAPS) muestran un aumento en intervenciones de aumento glúteo (<https://www.isaps.org/es/>).

4 El blanqueamiento cutáneo, ya sea temporal (maquillaje) o permanente (cremas despigmentantes), es común en poblaciones discriminadas por tono de piel.

desde y por un cuerpo que se ha aculturado en tecnologías de visualización (que van desde las máquinas de escribir hasta las pantallas LED, y recientemente las Inteligencias Artificiales) y que ha aprendido a interactuar mediante lentes y pantallas (Cardona Rodas, 2024).

La contemporaneidad, debido a sus dinámicas mediáticas y visuales ha apuntalado un tipo de globalización, por no decir universalización occidentalizada, de las estéticas y los cuerpos legítimos (Árechaga, 2011; Castro Lemus, 2016) que forman parte de los referentes para construir identidades individuales en la actualidad (Giddens, 1998). Sin embargo, debe de considerarse en este punto, que debido a las redes sociales virtuales y a las posibilidades que ha traído aparejada la masificación de los dispositivos fotográficos, se ha venido gestando un intento de democratización de los cuerpos. Las imágenes presentadas ya no son construidas exclusivamente por las grandes cadenas de medios y publicidad; los sujetos han devenido prosumidores⁵ de contenidos visuales que refieren directamente a las estéticas corporales con un intento de visibilizar enclaves no-hegemónicos, aunque esto ha sido fagocitado por las grandes compañías mediante campañas publicitarias que tratan de “mostrar cuerpos reales”, siendo algunos ejemplos Dove (productos de higiene) y Oysho (firma de lencería del grupo Inditex) que usan mujeres “reales” para sus anuncios y catálogos.⁶

Teniendo en cuenta estas puntualizaciones, podemos decir que el cuerpo contemporáneo se puede diferenciar del de otras épocas porque se relaciona priorizando la representación con mediadores, pues las tecnologías que captan la materialidad y la representan en otros espacios se vuelven fundamentales para entender qué es el cuerpo contemporáneo. Un cuerpo que ha incorporado elementos tecnológicos y animales; desde los gadgets hasta los injertos de cerdos en huesos.

El cuerpo en las sociedades contemporáneas está atado, más que al surgimiento del capitalismo y la individualidad, a la representación del cuerpo a partir de los medios de comunicación, teniendo de por medio la lente de una cámara que “no-miente”. La contemporaneidad (urbana y occidentalizada) está marcada por el surgimiento de técnicas y aparatos de visualización en el área biomédica (ecógrafo, endoscopio, fibroscopio, laparoscopio, rayos X, fluoroscopia, tomografía axial computarizada, tomografía por emisión de positrones, etc.) que han dado al discurso médico hegemónico el dominio sobre el cuerpo con “evidencia irrefutable”. Dichas tecnologías han modificado la manera en que percibimos al cuerpo, al sujeto y a su perdurabilidad, “los espacios internos del cuerpo biomédico son zonas centrales de contiendas tecnocientíficas, es decir, de la ciencia como cultura en un marco a-moderno de naturaleza social”

5 “La palabra prosumidor –en inglés, prosumer–, es un acrónimo que procede de la fusión de dos palabras: “producir” (productor) y “consumir” (consumidor). El concepto “prosumidor” fue anticipado por Marshall McLuhan y Barrington Nevitt, quienes en el libro *Take Today* (1972), afirmaron que la tecnología electrónica permitiría al consumidor asumir simultáneamente los roles de productor y consumidor de contenidos” (Islas Carmona, 2008, p. 35).

6 Dove comenzó con este giro en su publicidad en 2010 <http://controlpublicidad.com/las-mujeres-reales-de-dove/> y Oysho, hermana de Zara, Bershka, Massimo Dutti y Pull&Bear, se sumó a este tipo de *branding* en 2016 <https://www.elmundo.es/yodona/moda/2018/01/16/5a5dfd94e5fdea202c8b4615.html>.

(Haraway, 1999, p. 148), el cuerpo contemporáneo se está armando con los resultados de análisis e imágenes “de su interior”.

Volvemos a una concepción del cuerpo como máquina y en términos de rendimiento, sin lo cual las técnicas de modelamiento, particularmente las vinculadas al ejercitamiento, no tendrían la aceptación que tienen en la actualidad, pero ¿cómo es que se instauran estas concepciones corporales al punto de normalizarse en los haceres cotidianos de los sujetos? Al respecto Bourdieu comenta:

En la lucha por la imposición de la visión legítima, en que la propia ciencia está inevitablemente empeñada, los agentes detentan un poder proporcionado a su capital simbólico, es decir, el reconocimiento que reciben de un grupo: la autoridad que funda la eficacia performativa del discurso en un *percipi*, un ser conocido y reconocido, que permite imponer un *percipere*, o, mejor aún, que permite imponerse oficialmente como imponente, es decir, frente a todos y en nombre de todos, del consenso respecto al sentido del mundo social que funda el sentido común (Bourdieu, 1985, p. 66).

De esta manera, mediante la legitimación de discursos vía la detentación de capitales simbólicos de sus enunciantes, es que las concepciones corporales se afianzan en las lógicas de sentido de los grupos sociales. El cuerpo pasa por el tamiz del discurso médico hegemónico. Se construye con las imágenes que se elaboran de él y de las consiguientes lecturas estructuradas desde la dupla salud/enfermedad. Por lo tanto, quiero definir a la contemporaneidad como la época en la que el cuerpo deja de tener a otros cuerpos como únicos interlocutores y existe una constante interacción mediada por máquinas-pantallas con las cuales la simbólica corporal se teje con aparatos de visualización biomédicos y otros adelantos tecnológicos en materia computacional que terminan siendo asimilados por el sujeto (Haraway, 1991). Más que un difuminamiento entre lo “natural” y lo “artificial”, estamos ante una construcción diversa de lo corporal en tanto tropo de lo natural. Pareciera que la domesticación del cuerpo ya no está sólo atravesada por el control de los instintos, sino por la incorporación de elementos tecnológicos, es decir, hacer al cuerpo apto para interactuar y acoplarse a los requerimientos de éstos para una experiencia corporal distinta.

El cuerpo como construcción sociocultural

La representación del cuerpo en la contemporaneidad occidentalizada implica una manera particular de relacionarnos con nuestra corporeidad, en la que la piel y las posibilidades de corporalidad son atravesadas por una dualidad que enfrenta al cuerpo y al ser humano. Es decir, lo que nos hace humanos, (ya) no está atado a una estructura biológica o a una construcción social, sino que, gracias a los avances tecnológicos y científicos en áreas como la Inteligencia Artificial, se ha llegado a concebir al humano como un cúmulo de información que pudiera migrar de “cascarón” a conveniencia. Entender al cuerpo y cómo es

que nos relacionamos con él (pues una distinción cartesiana sigue operando) requiere entender no sólo los avances tecnológicos y médicos, implica reflexionar sobre las dinámicas de género, producción, consumo, estereotipos de belleza y particularidades de algunos grupos culturales que, aun estando inmersos en procesos occidentalizantes, constituyen nichos en los que se sincretizan diferentes cosmovisiones sobre el cuerpo para generar modelos particulares de comprensión. Es decir, es necesario ver al cuerpo como algo que no sólo materializa al sujeto, sino que encarna dinámicas de diferente orden y nivel que sólo podrán ser visibilizadas en las prácticas corporales.

Las pautas sociales se encarnan en los sujetos y se convierten en praxis que se tejen y cobran sentido solamente en contextos culturales, cuestión que abordan distintos autores: “para Bourdieu todo lo relacionado con la corporeidad responde a hábitos interiorizados por los agentes que forman un solo cuerpo con sus comportamientos” (Le Breton, 2002, p. 87), esto abona al interés volcado en el estudio del cuerpo de las últimas décadas. Pensar al cuerpo en la actualidad requiere que lo rehistoricemos, ¿qué sería de él sin la revolución sexual de mediados del siglo pasado? Aunque este texto no trata directamente de prácticas sexuales, lo atraviesan, 1) porque están relacionadas con la configuración actual que se tiene del cuerpo por la biopolítica generada post revolución sexual y 2), porque es parte de las prácticas que se ven afectadas por los proyectos corporales que establecen los sujetos. Pensar al cuerpo contemporáneo desligado de la sexualidad no ayuda a construir explicaciones razonables sobre los fenómenos que le atañen, pues dada la conceptualización del cuerpo y el ejercicio de la sexualidad diferenciado y regulado, es importante considerar de dónde surge este interés y maneras de higienizar al cuerpo.

Considerar a los proyectos corporales anclados en la biopolítica que se genera en vistas de dinámicas de control (Heller & Fehér, 1995) y construcción de discapacidad es fundamental para esta investigación pues nos permite poner el marco de acción en el que se desarrollan las pautas culturales que dan sentido a las decisiones de los sujetos de modificarse. Me gustaría detenerme un poco en esto porque considero que para entender las razones que llevan a ciertos sujetos a emprender proyectos corporales hay dos conceptos imprescindibles: disciplina y biopolítica. La disciplina es una herramienta analítica que nos ayuda a nombrar las estrategias que los sujetos emplean para modelar su cuerpo y su subjetividad de manera activa y la biopolítica refiere a las estrategias institucionales que se implementan para controlar al cuerpo social, y los proyectos corporales se tejen considerando estas dos dimensiones; los recursos que pueden desplegar los sujetos dentro de las posibilidades que permite la biopolítica.

Pensar en el cuerpo contemporáneo trae el reto de dilucidar cuáles son las particularidades de este que nos llevan a diferenciarlo de uno “anterior”. Tal vez este sea uno de los puntos con mayor confrontación y falta de consenso en el campo, pues mientras hay algunos que consideran que esta particularidad reside en la proliferación de estrategias de modificación que se ofertan por parte de un mercado que pone al cuerpo al centro, hay otros que argumentan que la

humanidad tiene siglos modificando su cuerpo (Agudelo Torres, 2008), y lo que caracteriza a esta época no es que se modifique el cuerpo, sino el abanico de posibilidades para hacerlo mediante los avances tecnológicos y la sobrecodificaciones de elementos, sin embargo, hay que considerar que la sobresignificación de estas prácticas solamente es posible en un momento histórico en el que el cuerpo es concebido de manera parcializada y como objeto de consumo (Álvarez Fernández, 2025; Lamadrid Guerrero, 2013; Quintero Martínez, 2011). Las alteraciones que se hacían al cuerpo en otros tiempos respondían a marcas de estatus y adscripción, permitiendo que los otros leyeran sobre uno condiciones que no era necesario explicitar porque eran consideradas tan fundantes de la identidad y condición del sujeto que se encarnaban mediante prácticas de marcación corporal (López Naranjo et al., 2023); pensemos en los pies de loto que proliferaron entre las mujeres de estratos socioeconómicos altos en la China del siglo X hasta principios del XX, o las deformaciones craneales entre diferentes culturas precolombinas por todo el continente americano.

La búsqueda por los marcadores identitarios que se llevan en el cuerpo puede emanar de distintos contextos y estéticas. El cuerpo se fragmenta, lo que permite a los sujetos armarse. La fragmentación del ser impera en una lógica de consumo que nos permite reconstruirnos a placer (si contamos con los elementos necesarios), siendo el cuerpo el espacio idóneo para esta labor. Es decir, las marcaciones corporales en otras épocas tenían la función de presentar de manera inequívoca el estatus y adscripción del sujeto; reforzaban la pertenencia a un grupo. Hoy en día las modificaciones se eligen a placer. Puede uno ser mexicano y tener tatuajes polinesios. Las alteraciones corporales contemporáneas cumplen una función muy distinta: expresar los deseos del sujeto y armarse una corporalidad a la medida. Sin embargo, debemos considerar que no todo se soluciona con simplemente desear. Incluso en estas nuevas formas de armar los cuerpos a placer, existen marcadores de distinción entre grupos.

Siguiendo con la centralidad que cobra el cuerpo en la contemporaneidad, algunos autores consideran que ésta se debe a un impulso por personalizar nuestro cuerpo, y con esto, civilizarlo (Le Breton, 2010, 2024); hacer un borramiento del cuerpo genérico con el que nacimos para llevarlo a ser eso que queremos que represente y signifique (para uno y para los otros):

Citando a Nietzsche, Anders señala que hoy en día el cuerpo humano (o sea, el cuerpo tal y como lo recibimos accidentalmente de la naturaleza) es algo que “debe ser superado” y dejado atrás. Los cuerpos “en crudo” y sin adornos, no reformados ni intervenidos, son vergonzantes, ofensivos para la vista, y siempre dejan mucho que desear, pero por sobre todas las cosas son la prueba viviente del fracaso, la ineptitud, la ignorancia y la impotencia, y la falta de recursos del “yo”. El “cuerpo desnudo”, ese objeto que acordamos no exhibir en público por el decoro y la dignidad de sus “propietarios”, en la actualidad no refiere, dice Anders, “al cuerpo sin ropa, sino al cuerpo que no ha sido trabajado”, o sea, un cuerpo no suficientemente “reificado” (Bauman, 2012, pp. 86-87).

“Hacer propio el cuerpo” pareciera ser el imperativo de las nuevas generaciones; la identidad debe de ser llevada a “flor de piel” mediante la alteración del cuerpo. La entrada a una nueva desnudez en la que el no-trabajo o modelación de la carnalidad (lo que implicaría, para los sujetos que están en esta lógica de intervención corporal, estar conforme con su apariencia) puede ser interpretada como un descuido del individuo, o una carencia de recursos necesarios, sean estos monetarios o humanos, para invertir en el cuerpo. Como afirma Anthony Giddens (1998) en estos tiempos en los que la presentación del ser pesa tanto, el cuerpo se convierte en el medio ideal para anclar la identidad.

El cuerpo toma preeminencia en la contemporaneidad en el entendido que permite movilizar y exponer numerosos elementos constitutivos de los sujetos más allá de los significados directos que pudieran tener, por ejemplo, tatuarse una flor no solo expresa que el portador tiene un gusto por éstas, sino que existe una conquista de la piel como espacio de enunciación donde se han desmontado ideas mayormente espirituales que recriminan la alteración del cuerpo. La piel cobra voz y se impone al otro, somos vistos y leídos sin que el otro pueda mediar un bloqueo. La intervención del cuerpo es una declaración de no conformidad con lo que se es, pero buscándola.

El cuerpo como objeto de consumo

El cuerpo está por todos lados, pero ya no como “perchero” de ropa o lugar que guarda “la esencia humana”; el cuerpo se ha posicionado en los medios masivos como “el objeto de consumo más bello” (Baudrillard, 2005) y es auspiciado por distintas instituciones sociales, dando como resultado una proliferación de discursos que atraviesan al cuerpo. Los comerciales o anuncios que publicitan la alteración corporal como un medio para arreglar o mejorar la calidad de vida son más comunes. Con esto no me refiero solamente a las prácticas de modificación corporal, los maquillajes, los tratamientos rejuvenecedores, la eliminación de marcas y vello corporal, las dietas, las fajas para esculpir siluetas y los productos “milagros” que pululan en nuestra vida cotidiana, y que al final, lo que venden, es obtener cambios en la apariencia. Uno no compra una faja por la faja misma, sino pensando que nos permitirá ser vistos de cierta manera. Los sujetos devenimos algo más que una conciencia con un asiento corporal, pues existe una significación precisa sobre lo que esa carnalidad implica y sus límites en la actualidad. La concepción del cuerpo, aunque está atravesada por saberes científicos, con vigencia cultural, no es lo único que moldea y establece los referentes de acción sobre el cuerpo.

Los cuerpos deben ser leídos desde nuevos flancos que nos permitan aprehender analíticamente los discursos que los soportan y sus implicaciones (Braidotti, 2000). No es posible pensar ya desde un sólo cuerpo hegemónico gracias a la proliferación de lentes/pantallas que permiten proyectar corporalidades-otras ante ojos ávidos.

Cabría aclarar que, si bien con la revolución industrial y la implementación de las cadenas de producción fordista el cuerpo tuvo que adaptarse a estar en

otros espacios y realizando otras actividades ayudadas por máquinas, lo que presenciamos actualmente no termina en la jornada laboral, existe una incorporación simbiótica a tal punto que la remoción de estos elementos, aunque sea temporalmente, trastoca por completo la manera de conducirse de los sujetos. Para algunos, el cyborg⁷ se dibuja como el cuerpo de la contemporaneidad urbana occidentalizada. Sin embargo, esto no podría ser posible sin las prácticas de consumo actuales que se han encarnado en los sujetos al punto de estructurar una vivencia del cuerpo ligada a la parcialización (no como un todo, sino visto como pedazos que se aglutinan) e intercambio de características físicas en la búsqueda de una experiencia particular que se construye como idónea. El cuerpo se concreta como el espacio en el cual se puede acceder a la felicidad, pero no en el sentido de que el sujeto es cuerpo y, por lo tanto, su felicidad debe estar vinculada a su vivencialidad, sino, a la idea de que al adquirir cierta apariencia se podrá ser feliz en automático. Bajo esta lógica, el cuerpo de consumo:

Ha devenido el objeto más bello a solicitar, monopolizado en beneficio de toda la afectividad llamada normal (contra otras personas reales) sin por ello tomar un valor propio, desde luego, en ese proceso de inversión afectiva, no importa que el otro objeto pueda, de acuerdo con la misma lógica fetichista, jugar este rol. El cuerpo es el más hermoso de los objetos poseídos, manipulados y consumidos (Baudrillard, 2005, p. 199).

El cuerpo es visto como el primer objeto que poseemos, al que más le invertimos y no podremos abandonar. De hecho, según la construcción del proceso salud-enfermedad-muerte (con el que empato teóricamente) que rige nuestra sociedad, es el cuerpo, particularmente su juventud, la que nos abandona a nosotros, de ahí la eficacia de la medicalización de la vida y de la consolidación del tratamiento de no-enfermedades.⁸ Esta situación ha creado toda una industria alrededor del mantenimiento de esta (desde cosméticos y cremas hasta procesos quirúrgicos), tanto así que desde hace décadas se ha puesto atención a esto desde el ámbito académico de las ciencias sociales (Heller & Fehér, 1995).

Si bien hay un posicionamiento desde lo posmoderno en algunos de los autores que manejan este tipo de posturas, también es cierto que esta apreciación no es homogénea y la conceptualización misma que hacen de esto no embona con las expectativas, es decir, aunque la modificación del cuerpo se practica a diseño personal gracias a la gran tecnificación de la industria corporal, esto no ha servido para construir múltiples bellezas, sino que ha promovido una producción al estilo más puramente fordiano de los cuerpos rejuvenecidos. Sin em-

7 "El cyborg como intento de pensar al mundo como mundo-otro debe ser tomado más como una figura retórica que como una literalidad. Es poderoso no como un boceto a futuro sino por las preguntas que nos obliga a hacernos y a hacer a nuestras sociedades" (Rangel Lara, 2017, p. 297).

8 Aunque no es mi intención detenerme en este tema, me parece importante mencionar al lector que existe una línea de investigación que se enfoca en analizar los procesos de patologización y producción de padecimientos como el envejecimiento, el sobrepeso y las pieles no-blancas que no son enfermedades, sino condiciones corporales que toman relevancia porque contravienen la idea de belleza/sensualidad hegemónica: juventud, delgadez y blancura. Cabe señalar que esta patologización atraviesa más a las corporalidades femeninas y existen una serie de estrategias que se ponen en acción para hacer notar a las mujeres cuando no incorporan (y no intentan) los elementos a los que se les atribuye belleza.

bargo el “consumo corporal” no se limita a este aspecto, pues tenemos una serie de otros productos que dan cuenta de las características deseables en los cuerpos y que van más allá del discurso, pues se encarnan con estrategias de modificación muy puntuales como las cirugías estéticas, los procesos de blanqueamiento, la eliminación del vello corporal, las micro abrasiones faciales, las diferentes dietéticas para el control de peso, los tatuajes/perforaciones/escarificaciones, prendas para controlar la figura (fajas) y la invención de técnicas y aparatos para ejercitar ciertas áreas del cuerpo (Cervantes Maciel, 2024; Fuentes Ponce, 2014; Moreno Pestaña, 2020; Olea, 2018). El empleo de todas estas estrategias y aditamentos por parte de los sujetos, nos permiten mapear las maneras específicas en que el cuerpo es regulado y se lleva a ser el cuerpo deseado (por uno mismo) y deseable (por los otros). Ésta es la época donde tiene sentido preguntarnos por la construcción de proyectos corporales y las estrategias que los individuos emplean para ello.

Sin embargo, las estrategias de intervención corporal no son un fenómeno de la contemporaneidad, desde hace milenios grupos culturales han desarrollado técnicas para modificar el cuerpo, ejemplo de esto son los tatuajes, una práctica ampliamente extendida en distintos continentes, y que muy recientemente, gracias a las expediciones marítimas, empezó a practicarse en sociedades occidentales (Berchon, 1886; Grogard, 1992; Rodríguez Luévano, 2016). El uso del tatuaje, actualmente, se ha filtrado a grupos sociales de lo más diversos, con motivaciones y significaciones particulares que se distinguen de lo que podríamos denominar “tatuaje ritual”⁹ y se asocia a rituales de paso y adquieren sentido para el grupo que lo emplea constituyéndose como una práctica grupal y no individual-estética como lo es comúnmente en nuestra sociedad.

Entonces ¿qué tiene de novedoso las intervenciones corporales contemporáneas si el tatuaje y el ejercitamiento han sido practicadas por diversas culturas desde hace milenios? Lo novedoso se encuentra en tres dimensiones que propongo: 1) la concepción del cuerpo ha cambiado debido a la centralidad que ha tomado en la constitución de identidades individuales y a las dinámicas capitalistas de producción-consumo logrando que el cuerpo se sitúe como el anclaje de la identidad y con esto busca “imprimir” en él una serie de elementos de orden individual que permitan hacerlo-propio, es decir, le conferimos la responsabilidad de mostrar nuestra originalidad, nuestro carácter, nuestras consignas políticas por lo que el cuerpo (y particularmente la piel) devienen la carta de presentación de nuestra mismidad. 2) esto ha generado una proliferación de estrategias de modificación corporal que tratan de generar-llevar una demanda de maneras de concretar características individuales; y, por último, 3) el empleo que están teniendo las estrategias de alteración corporal se están combinando en

9 Aquí cabe aclarar que el “tatuaje ritual”, se inserta en una lógica grupal en la que este significa para el grupo de origen, son marcas cagadas ya sea con la edad, alguna hazaña o para denotar adscripción a un clan o a una actividad. El tatuaje, en estos casos puede ser pensado de manera colectiva, los sujetos no eligen los diseños, el momento, el área del cuerpo, los colores ni el “artista”, estos son determinados socialmente por la situación. Esta podría ser la distinción más relevante entre el “tatuaje ritual” y lo que podríamos denominar el tatuaje contemporáneo en el cual no se instaura (todavía) en alguna etapa de la vida como un acto legítimo que permita que el otro lea en el sujeto algún tipo de datos biográfico-referencial dado su contenido individualista.

proyectos corporales complejos, de largo y corto alcance, para construir cuerpos ideales y armados a gusto por los sujetos. No se emplea el “paquete completo” de un estereotipo corporal; de un abanico de posibilidades, impulsadas por medios de comunicación y redes sociales virtuales, los sujetos configuran cuerpos ideales mediante una estrategia de parcialización que recoge los atributos físicos que consideran más bellos/attractivos/viables para irlos montando de acuerdo con el lugar de enunciación a la apreciación que logran armar vinculada a su adscripción social.

Bajo este entendido, es que considero relevante estudiar los proyectos corporales más allá de lo anecdótico o en términos de registros descriptivos, como posibilidades de entender cómo es que las dinámicas sociales- económicas globales afectan la constitución de la materialidad de los sujetos que a la vez se apropian y negocian en sus propios términos los parámetros de belleza, deseabilidad y salud para seleccionar y elaborar una estrategia que les permita obtener una cierta corporalidad que les genere ganancias en sus interacciones cotidianas.

El “cuerpo social”, pensándolo como el cuerpo que adquiere “tatuajes rituales”, es dinamitado en las sociedades contemporáneas y en su lugar tenemos un cuerpo individual del que debe tomar responsabilidad cada “propietario”. Esto contribuye a generar dinámicas de vigilancia permanente sobre la apariencia (propia y ajena) y toda una serie de estigmatizaciones y penalizaciones hacia aquellos que no se ocupen de su cuerpo como se considera adecuado (pensemos en la patologización de la no-delgadez mediante índices de masa corporal o de otra serie de situaciones y procesos biológicos que son considerados no-idóneos como el envejecimiento). En esto se afianza la industria del cuerpo, elemento central para comprender, y en el cual se manifiesta, la relación que establecemos con nuestra corporalidad como objeto de consumo. Con esto me refiero a que el fin último de las estrategias que empleamos y los productos que adquirimos, así como la manera de socializarlos, es obtener una corporalidad. Es decir, consumimos una serie de productos que son el medio para obtener el cuerpo deseado, porque ellos no son el fin último de la dinámica del consumo. Compramos tal o cual cosa pensando en que con eso podremos lograr ciertos cambios en el cuerpo; adquirir/aumentar nuestro capital corporal/sexual (Rangel Lara, 2025).

La identidad individual y el cuerpo

Con esto aclarado, podemos decir que el cuerpo viene a jugar dos dobles vínculos un tanto peligrosos: por un lado, existe una vigilancia y control social sobre él, su uso, su presentación y disposición; y por el otro, hay una completa responsabilización de los sujetos por este siendo su tarea “mantenerlo”. Sin embargo, los parámetros de este cuidado y el manejo de una actitud corporal están referenciados en valoraciones sociales ancladas a condiciones de género, racialización, estrato socioeconómico, edad y profesión que generan distintos capitales y, que, a su vez, se estructuran mediante un deseo por hacer propio el cuerpo y marcarlo con elementos que lo distingan de los otros y que denoten características de la personalidad que se valoran.

El cuerpo es la concreción de una serie de capitales y condiciones de los sujetos que se encarnan mediante el *habitus*. De ahí la importancia de analizarlo desde las prácticas y los sentidos que lo hacen y sostienen. Nada hay de natural en él si consideramos que la lectura y su disposición (pensado como un manejo corporal), es decir, el cuerpo inmóvil, exhibe determinantes sociales que son referenciadas por un colectivo que permiten ligar esa corporalidad a una historicidad; ¿cómo es que podemos asumir ciertas condiciones de un sujeto solamente de verlo? Las expresiones “se le echa de ver el dinero”, “se le nota el abolengo”, “tiene pinta de...” son solamente una muestra de que existe una serie de características que, si bien en muchas ocasiones no pueden ser señaladas con precisión, como cuando se usa la expresión “tiene un aire como de...”, las leemos en “automático” porque compartimos ese registro que nos permite operacionalizar la incorporación de un *habitus* que está vinculado, según Bourdieu, a los sistemas de enclasmiento:

Se dibuja así un espacio de cuerpos de clase que, dejando a un lado los azares biológicos, tiende a reproducir en su lógica específica la estructura del espacio social. Y no es por tanto pura casualidad el que las propiedades corporales sean aprehendidas a través de los sistemas de enclasmiento sociales que no son independientes de la distribución entre las clases sociales de las diferentes propiedades: las taxonomías en vigor tienden a contraponer, jerarquizándolas, las propiedades más frecuentes en los dominantes (esto es, las más especiales) y las más frecuentes en los dominados (Bourdieu, 2003, p. 190).

Así como en *Cuerpos que importan* (Butler, 2002) se desarrolla la idea de que no existe el cuerpo pregenérico (un cuerpo que no esté atravesado y constituido por el sistema de género), Bourdieu expone que no existe el cuerpo sin-clase. Los sujetos establecen negociaciones y apropiaciones entre distintos elementos de los sistemas de enclasmiento en los que se sitúan en su vida cotidiana y que terminan manifestándose en su manejo corporal, es decir, incorporándose. Y estas taxonomías no son neutrales o equivalentes, son valoradas dependiendo de su vinculación con los estratos socioeconómicos altos-dominantes. En este nivel es importante señalar que el éxito de estas prácticas que se incorporizan está relacionado con la repetición y naturalización de estas, es decir, el sujeto las realiza porque hacen sentido en un marco referencial, esto no significa que estas prácticas no sean razonadas o elegidas, sino que son posibles de ser seleccionadas y realizadas dadas las condiciones vitales del sujeto y a la construcción (y concepción) de su identidad individual. El cuerpo es uno de los soportes de la identidad individual en la modernidad debido a que en este se concretan las posibilidades y potencialidades del sujeto (Giddens, 1998). Dada la pérdida de certidumbres en la actualidad, los individuos tienden a replegarse a los bastiones que les siguen dando sentido y pertenencia, en este caso, el cuerpo queda expuesto como el espacio idóneo para buscarse y mostrarse: “el control reglado del cuerpo es un medio fundamental para el mantenimiento de una biografía

de la identidad del yo; pero al mismo tiempo el yo está también más o menos constantemente “expuesto” a los demás debido a su corporeización” (Giddens, 1998, p. 78).

Dejar de pensarnos en relación con identidades colectivas inherentes hace que la búsqueda de la mismidad termine anclada en lo único en lo que se puede tener certeza: el cuerpo como materialización del ser. Sin embargo, todavía queda aclarar cómo se llegó a esto. Su propuesta responde en cierto modo a la lógica de la estructura estructurante estructurada. En la que, de manera simplista podemos decir, la vida social y sus normas están todo el tiempo en pugna; el actuar de los sujetos está condicionado, hasta cierto punto, por su lugar en la estructura social, pero esto no es inamovible, hay cierto grado de agencia por parte de los sujetos para moldear su accionar que a la vez termina repercutiendo en la estructura, porque las instituciones y normas sociales no se dieron por generación espontánea, hay un proceso histórico detrás que ha construido los referentes sociales de nuestra cotidianidad. Entonces, eso que consideramos “tradición” es una construcción social temporal que se modifica. A Giddens (1998) le interesa proponer un modelo para entender las identidades modernas que no se quede en lo micro, sino que permita conectar múltiples niveles de interacción entre elementos de distinto orden.

Este enfoque da la posibilidad de vincular los cambios en los aspectos más íntimos de los individuos (como el cuerpo y la identidad) a procesos globales que se enmarcan en dinámicas capitalistas de consumo, bajo este entendido, entonces, analizar las maneras en que los individuos deciden, y logran, modificar su corporalidad estaría dando cuenta de algo más que un mero “gusto” personal, sino de una manera de concebir y regular a los sujetos (y su materialidad). Pensar que las elecciones que se hacen en los proyectos corporales responden exclusivamente a “caprichos” de los individuos y a su concepción particular de belleza es simplificar los procesos sociales involucrados en la construcción de las subjetividades modernas, así como de todos los mecanismos de control, resistencia y negociación que se tejen fino en las dinámicas sociales. Cuestiones tan personales como el “gusto”, un placer adquirido por ciertas cosas y prácticas, está articulado desde distintos ángulos y condicionamientos de estrato socioeconómico, género y etnia que pasarán desapercibidos si nos centramos únicamente en el aspecto micro de su manifestación y no tratamos de conectar los distintos niveles del entramado social.

El gusto permite hilar los proyectos corporales, en su calidad de una serie de estrategias de alteración corporal combinadas y elegidas por los sujetos, con los condicionamientos de estrato socioeconómico y género, y que se manifiestan, de manera puntual, en los consumos que hacen. Si bien este trabajo propone analizar, y concebir, a los cuerpos como objetos de consumo, eso no invalida que los consumos vinculados al cuerpo se tomen como observables en la articulación de los proyectos corporales. Sin embargo, socialmente, no todos los gustos son valorados (y validados) de la misma manera.

El gusto cumple con distintas funciones sociales pero la que aquí busco resaltar es la de diferenciador jerárquico, es decir, crea distinción en dos acepciones, la de efecto (distinguir unos sujetos de otros) y la de cualidad (que ésta gire en torno a una valoración de los atributos). Bourdieu (2003) ofrece un acercamiento teórico a la constitución de la distinción desde los distintos capitales. Los gustos se constituyen como diferenciadores y están ligados a consumos precisos que dentro del marco referencial de capitales permiten situar a los sujetos que los hacen con relación a la clasificación que propone Bourdieu, sin embargo, ésta cambiará de acuerdo con el lugar de enunciación del individuo. Es decir, hay consumos que son tildados como “simples y básicos” por los estratos socioeconómicos altos, pero no son concebidos como tales por los estratos socioeconómicos bajos que los hacen, puesto que hay una naturalización y legitimación de estos en su entorno, sin embargo, para otros grupos con otro tipo de referentes, éstos se constituyen como señales de “mal gusto” o “falta de gusto”. Es importante mencionar que los gustos, al ser construcciones sociales, se modifican, lo que generaría que ciertos consumos que en algún momento fueron estigmatizados, posteriormente, sean legitimados por los estratos socioeconómicos altos.

Un caso icónico de esto ha sido el reguetón, que en sus orígenes fue asociado a los barrios populares caribeños, a situaciones de violencia, y objetivación de la mujer, sin embargo, en los últimos años ha habido un proceso de “blanqueamiento”¹⁰ de este género musical (que no es el primero; el jazz pasó por algo similar). Hay un grupo de artistas/cantantes (colombianos y puertorriqueños) que se han encargado de hacerlo más “correcto” o menos incómodo para las élites. Cabe señalar que, unido a este blanqueamiento musical, un modelo de belleza más latino ha ido ganando terreno en los referentes de ideales corporales. El posicionamiento en pantalla de cantantes como Shakira, Jennifer López, Anitta, Becky G y Camila Cabello, por mencionar solo algunas, ligado al imperio construido por las Kardashian en un primer momento, han abierto la puerta a que sea legítimo aspirar a otro tipo de bellezas que no corresponden con la estética occidental/europea y las estadísticas publicadas por la ISAPS corroboran que ha habido un incremento considerable de las intervenciones destinadas a aumentar los glúteos. De esta manera, me permito señalar que la relación innegable entre los consumos, el gusto, la concepción de los ideales corporales, el estrato socioeconómico y el género queda establecida, sin embargo, falta considerar un elemento fundamental: la función del otro en la construcción de ideales corporales.

El cuerpo para la mirada del otro

Uno de los elementos que quiero poner a consideración, porque aparece velado en la mayoría de las investigaciones que se arman desde los testimonios de los sujetos, es el papel que juega “el otro” en la construcción de las corporalidades. En los testimonios de los sujetos hay una preeminencia por justificar

10 Existen algunos textos periodísticos que han dado cuenta de este proceso <http://www.ventanalatina.co.uk/2018/07/reggaeton-and-race/> https://elpais.com/cultura/2017/09/06/actualidad/1504649948_890230.html.

su praxis corporal desde sus deseos y buscando la individualidad, como si la única opinión que contara fuera la propia. Se da un ocultamiento del otro como elemento fundamental en la toma de decisiones sobre la apariencia, cuando está presente en las consideraciones que tomamos.

Las alteraciones que realizamos en nuestro cuerpo con fines estéticos responden a dos macro motivadores, que se componen de subcategorías: ser más atractivos o convenientes para alguien, o que los elementos que pensamos constitutivos de nuestra mismidad sean evidentes para los demás, porque, si lo consideramos, nuestro cuerpo no-es para nosotros, es para que los otros nos identifiquen. Nosotros solamente tenemos posibilidad de observarnos mediante superficies reflejantes (espejos) y pantallas, sin embargo, los otros siempre nos ven. Primero reconocemos otros cuerpos que el propio.

La elección de un proyecto corporal, sea mínimo o extenso, tiene como piedra angular la mirada del otro, ¿qué beneficios considera el sujeto que obtendrá con esta nueva apariencia? es algo que debe estar presente en los cuestionamientos de los investigadores para entender el papel que juegan las relaciones sociales y el ser deseables para otros, pues los proyectos corporales que llevan a cabo los sujetos no están flotando o se justifican y cobran sentido desde el sencillo “deseo propio”; están atados a toda una serie de valoraciones sociales que ellos sopesan y negocian de acuerdo a los beneficios que quieren obtener; lo que puede ir desde tener un mejor empleo, establecer una relación afectiva, elevar su autoestima al ser objeto de deseo de otros, u obtener un mejor trato en las interacciones cotidianas.¹¹ Bourdieu define como una ganancia de capital corporal a estas alteraciones que hacen los individuos con el objetivo de obtener beneficios exclusivamente por su apariencia (2003).

Pensar al cuerpo como un proyecto “personal” borra la posibilidad de analizar cómo es que los sujetos se sitúan en contextos sociales, las valoraciones que hay sobre ciertos aspectos de la corporalidad y cómo es que se establecen negociaciones entre los estereotipos hegemónicos, los elementos propios de algunos grupos y las inclinaciones estéticas de los sujetos.

El cuerpo, como objeto de un mercado de bienes y servicios, que tienen la única finalidad de modificar la apariencia con motivos estéticos, se pone al centro y bajo el continuo escrutinio de los pares, ante un abanico tan diverso de estrategias y productos de alteración corporal, con costos tan diversos que no someterse a alguna modificación parece acarrear algunos estigmas, pues el cuerpo es concebido como un proyecto en proceso y al que siempre se le puede “hacer algo más”.

Incluso los investigadores más relevantes sobre las sociedades contemporáneas no pueden abstraerse de mencionar este fenómeno si quieren dar cuenta de manera integral de lo que implican sus objetos de estudio:

11 En este último punto habría que considerar un tipo de alteración corporal que está ligada a la racialización de los cuerpos. El blanqueamiento de la piel, ya sea de tipo temporal (maquillaje) o permanente (mediante cremas, productos dermatológicos o procedimientos despigmentantes) cobra sentido para poblaciones que han sido discriminadas por su tono de piel, pensemos en grupos indígenas o afrodescendientes. La alteración del tono de piel junto con el tipo de cabello y marcadores étnicos como la vestimenta son de los elementos que los individuos pueden modificar para paliar identificaciones con grupos subordinados estructuralmente.

Las grandes empresas especializadas en “el comercio de pieles”, vale decir, aquellas dedicadas a vender servicios personales para el cuerpo de sus clientes, van por ese camino. Lo que publicitan más ávidamente y venden con mayor beneficios financieros son los servicios de extracción, remoción y eliminación: de grasa corporal, arrugas faciales, acné, impureza remanente y misteriosa, todo cuerpo extraño no digerido que se ha instalado ilegítimamente después de los banquetes del pasado y que parece decidido a quedarse a menos que sea eliminado por la fuerza (Bauman, 2012, p. 59).

Pareciera que lo que ofrece esta Industria del cuerpo es la posibilidad de seleccionar los eventos y prácticas que pueden dejar marca en el cuerpo y moldearlo. Hacer un cuerpo a nuestro antojo que nos permita acceder a una serie de situaciones que consideramos benéficas para nuestra vida. Pensando, siempre, que el legitimador de ese cuerpo será un otro, conocido o no, relevante o no, pero siempre un otro que convierta nuestras horas invertidas en el gimnasio, el estudio de tatuaje o en el quirófano en otros tipos de capitales.

Conclusiones sobre el cuerpo como objeto de estudio

El cuerpo en las sociedades occidentalizadas contemporáneas es un constructo sociocultural donde se materializan normas, resistencias y subjetividades. Desde un enfoque constructivista, este artículo destaca que los proyectos corporales son estrategias integrales que combinan prácticas de modificación (de forma: ejercitamiento, cirugías; y de superficie: tatuajes, blanqueamiento) con consumos estéticos, mediados por tecnologías de visualización (rayos X, redes sociales) y discursos médicos hegemónicos. Los aportes de Giddens (1998), Bauman (2007), Bourdieu (1985, 2003), Foucault (1999) y Haraway (1991, 1999) permiten analizar el cuerpo como un sitio de negociación entre agencia individual y estructuras sociales, donde la mirada del “otro” legitima alteraciones estéticas en busca de capital corporal (deseabilidad, estatus, mejor trato social).

Un hallazgo clave es la fragmentación en los estudios de corporalidad: prácticas como tatuajes o cirugías se analizan aisladamente, ignorando su articulación en proyectos corporales integrales. Este trabajo aboga por un enfoque holístico que conecte dinámicas de género, estrato socioeconómico y etnia con consumos culturales, como el auge de estéticas latinas tras el “blanqueamiento” del reguetón o el impacto de campañas de marketing. La industria del cuerpo perpetúa un ciclo de consumo al presentar la materialidad como un proyecto en constante mejora, mientras la biopolítica (Foucault) y los gustos (Bourdieu) regulan las subjetividades. Mi posicionamiento reflexivo, como investigadora cuya corporalidad también está intervenida, subraya la necesidad de análisis situados que no universalicen, sino que visibilicen las complejidades de la construcción identitaria en contextos contemporáneos.

Referencias

- Agudelo Torres, M. del M. (2008). Definir lo indefinible. El papel de las tecnologías de construcción corporal en las problemáticas sobre el cuerpo como territorio en disputa. *Signo y Pensamiento*, XXVII(53), 128-139.
- Álvarez Fernández, S. (2025). Prácticas de sentido: Filosofía y psicología del tatuaje, el culturismo y la modificación corporal extrema. *Eikasía*, 126, 47-88.
- Árechaga, A. J. (2011). El cuerpo en tensión. Un análisis sobre las desigualdades sociales a través del cuerpo. En V. D'hers & E. Galak, *Estudios sociales sobre el cuerpo: Prácticas, saberes discursos en perspectiva* (pp. 197-215). Estudios Sociológicos.
- Baudrillard, J. (2005). *La société de consommation*. FolioEssais.
- Bauman, Z. (2012). *Vidas de consumo* (3era ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Berchon, E. (1886). *Discours sur les origines et le but du tatouage*. G. Gounouilhou.
- Bourdieu, P. (1985). ¿Qué significa hablar? *Economía de los intercambios lingüísticos*. AKAL.
- Bourdieu, P. (2003). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Paidós.
- Cardona Rodas, H. (2024). Fotografía, medicina y corporalidad: El dispositivo de la imagen en las formas de aprehensión discursiva de la enfermedad. *História Ciências Saúde- Manguinhos*, 31, 1-21.
- Castro Lemus, N. (2016). Re-conceptualización del constructo de imagen corporal desde una perspectiva multidisciplinar. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 192(781), 1-13.
- Cervantes Maciel, V. (2024). La sustancia: Análisis de la violencia simbólica y falso capital erótico. *Revista Humanismo y cambio social*, 24, 282-291.
- Córdoba, M. (2010). La cirugía estética como práctica sociocultural distintiva: Un lacerante encuentro entre corporeidad e imaginario social. *Revista Latinoamericana de Estudios Sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 2(2), 37-48.
- Fuentes Ponce, A. (2014). La belleza cuesta. De los tips a la cirugía estética ¿Cuál es la promesa que se persigue? En *Prácticas corporales: Performatividad y género* (pp. 112-151). La Cifra.
- Giddens, A. (1998). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península.
- Grogard, C. (1992). *Tatouages, tags à l'âme*. Syros Alternatives.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza*. Cátedra.
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y Sociedad*, 30, 122-163.
- Heller, Á., & Fehér, F. (1995). *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Ediciones Península.

- Islas Carmona, J. O. (2008). El prosumidor. El actor comunicativo de la sociedad de la ubicuidad. *Palabra Clave*, 11(1), 29-39.
- Lamadrid Guerrero, G. (2013). Tatuajes y perforaciones: Signos de identidad vs. Estigmatización social. En E. Muñiz García, *Mauricio Memorias del VI Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades "El Cuerpo Descifrado": La ciencia y la tecnología en las prácticas corporales* (pp. 417-425). El Cuerpo Descifrado.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2010). Firmar o rasgar el cuerpo: Las nuevas generaciones. En E. Muñiz (Ed.), *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas* (pp. 72-85). Anthropos Universidad Autónoma de México.
- Le Breton, D. (2024). *Signos de identidad. Tatuajes, piercings y otras marcas corporales*. Topía.
- López Naranjo, F., Córdova Moreno, R., Heyerdahl Viau, I., & Martínez Nuño, J. M. (2023). Evolución histórica y actualidad de los tatuajes. *Fides Et Ratio*, 25(25), 45-68.
- Moreno Pestaña, J. L. (2020). Cuerpo, capital erótico, explotación. En L. E. Alonso, C. Fernández Rodríguez, & R. Ibáñez Rojo, *Estudios sociales sobre el consumo* (pp. 1-16). CIS.
- Olea, B. (2018, octubre 8). Capital corporal y el privilegio de la belleza. Bastián Olea Herrera. Sociología, género, y la estigmatización de la gordura. *Bastián Olea Herrera*. <https://bastian.olea.biz/capital-corporal-y-el-privilegio-de-la-belleza/>
- Quintero Martínez, J. (2011). Una transformación corporal, como proceso de significación. En E. Muñiz García & M. List Reyes, *Memorias del V Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades "El Cuerpo Descifrado": Las prácticas corporales en la búsqueda de la belleza* (pp. 400-425). Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Rangel Lara, T. (2017). Donna Haraway: De diosas, cyborgs e inapropiados/bles. En J. Ramírez & A. Morquecho, *Repensar a los teóricos de la sociedad III* (pp. 289-305). Universidad de Guadalajara.
- Rangel Lara, T. (2025). Aprender en comunidad: Propuestas alternativas de aprendizaje. *Andamios*, 22(58). <https://doi.org/10.29092/uacm.v22i58.1183>
- Rodríguez Luévano, Á. (2016). Tatuajes, territorios corporales del México finisecular. *Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, 70, 107-127.
- Shilling, C. (1993). *The body and social theory*. SAGE Publications.